

**MEDITACIÓN ANTE EL
SANTÍSIMO CRISTO DE LA CARIDAD
EN SU TRASLADO AL SEPULCRO**

José María Mardones Martínez

*C.S.I.C.
Madrid*

Parroquia de San Andrés

Sevilla 5 de abril de 2003

MEDITACIÓN ANTE EL CRISTO DE LA CARIDAD

José María Mardones. CSIC. Madrid.

1. Esta noche vengo ante el Misterio de la muerte y la vida; vengo ante ti Jesús. Quiero dejarme enseñar por ti y quisiera que tu vida y tu muerte me transformaran y me enseñaran a dirigir los pasos a la verdadera Vida. Porque vengo ante el Viviente y la Vida verdadera. Estoy sediento de vida y con frecuencia sólo encuentro en mí y en mi derredor rastros de muerte. Hay demasiados simulacros de vida, demasiados rostros doloridos de mujeres y niños, de jóvenes y ancianos, golpeados, torturados, reventados por el abandono, el desamor, el hambre, la injusticia y la guerra. Traigo el corazón frío y la cabeza escéptica, casi insensibles, Jesús. La esperanza se me hiela y la manos se me paralizan ante el mundo que tengo delante. Sólo veo una fuerza ciega e inhumana, llena de intereses bastardos, y ya hasta cínicamente confesados, que se imponen por encima de los buenos deseos. La humanidad naufraga, Jesús, ante el abuso de los poderosos sin escrúpulos y de la parálisis de los de buena voluntad.

Esta noche vengo ante ti, Jesús, el muerto viviente, para que me enseñes a vivir; para que me devuelvas esperanza en la Vida.

2. ¿Dónde está, Jesús, la Vida, la verdadera Vida? Dínoslo tú que la viviste con pasión, de manera apasionada. Danos las claves de la gran pasión que te llevó a la muerte y a la Vida. Necesito sacudir mi letargo y desesperanza y vivir la vida con apasionamiento.

A ti la entrega a la vida te condujo a vivir la experiencia del amor sin reticencias. Primero, en la vida oscura de un artesano para todo en Nazaret; después, en tu búsqueda de la renovación religiosa de Israel tras las huellas del Bautista. Un chispazo iluminó tu ser en aquel encuentro fundamental en el Jordán: descubriste la cercanía acogedora de un Dios Padre-Madre de ternura sin límites.

Te veo, Jesús, salir lleno de dinamismo y de coraje, a enseñar al mundo que la vida rezuma sentido porque está en manos de un Amor incondicional, que es tan cercano a nosotros que se confunde con nuestros anhelos más hondos y late en el rincón más débil de nuestro deseo de ser humanos, libres y felices.

Predicaste con el apasionamiento del testigo la presencia de un Dios que viene siempre que liberamos al ser humano de las ataduras posesivas de lo que no nos deja ser nosotros mismos: desde la misma religión hasta las múltiples formas de enredarnos buscando la felicidad. Devolviste la salud del cuerpo a los enfermos y la dignidad a los excluidos de la sociedad, como los leprosos. Y nos enseñaste así, con la compasión que se expresa en las obras, que la fe y el culto a Dios se realiza en el amor al hombre; sin amor al ser humano somos como calderos vacíos. Y desde entonces resuena una de tus claves de vida como un desafío mortal a nuestro instinto egocéntrico: la felicidad y la libertad propia están en el empeño por hacer a otros libres y felices. Dura y difícil es esta indicación hasta que no es probada y comprobada en la vida misma.

Nos recordaste, Jesús, que Dios es perdón para poder empezar siempre de nuevo; aceptación que impulsa un nuevo comienzo cada día y que nos saca- si nos dejamos- de nuestros parálisis y de la apatía del abandono en la cárcel de lo que hay.

Muy pronto te diste cuenta, Jesús, que la pasión del Amor no puede ignorar el sufrimiento. El amor apasionado por el reino de Dios tropezó enseguida con la incomprensión de los piadosos y los intereses de los poderes instituidos. A tu ilusión le costó darse cuenta de que no ibas a ser fácilmente entendido ni siquiera por los que te seguían. Tu vida y tus palabras sonaban extrañas y peligrosas; enseguida produjeron reacciones encontradas y de rechazo mortal. Se te conmovieron las entrañas y aprendiste, en el camino del entusiasmo del Amor, el doloroso realismo de la pequeñez del corazón humano.

Hubo momentos de duda y perplejidad, incluso de vacilación ante la misión antes tan clara y tan nítida. La tentación rondó tu corazón y supiste desde la raíz de ti mismo, que hay algo, que no sabemos si surge de dentro o de fuera, que nos envuelve y nos marea, nos quita la claridad de la visión de los ojos y del ánimo y nos empuja hacia lo oscuro. Te agradezco, Jesús, que bajaras a las simas de lo humano porque así sé que tengo una mano amiga en mi torpe caminar y en mi desvarío por sendas perdidas dando tumbos. Nos conoces desde dentro, Jesús, desde la flaqueza de nuestra sensibilidad tan presta a la emoción del entusiasmo y tan corta para la perseverancia y la coherencia de lo justo.

Tu libertad no fue el recitado de un papel teatral aprendido de memoria ni el paseo por un escenario cuyos pasos estaban movidos

por los hilos del más allá; nada de eso. Aprendiste a ser humano en el caminar incierto de cada día y en la pugna por encontrar la respuesta adecuada a las circunstancias cambiantes y a las voluntades en litigio. Todo tan humano, Jesús, que eres como uno de nosotros en todo, excepto en ceder ante la mentira o vender la libertad propia o de los demás al precio de unos intereses caducos.

Sé que tu fortaleza se alimentaba de los encuentros a solas, largos y sostenidos, con ese Amor tan cercano y envolvente que denominabas Abbá. El era el dinamismo de tu pensamiento y de tu voluntad, la Vida de tu vida, la savia de tu corazón.

3. Te admiro, Jesús, porque ni la incomprensión de tus amigos ni la lentitud del proyecto de cambiar al Pueblo, ni la oposición de los responsables oficiales, pudo con tu decisión por Dios y su Reino. Tampoco la tentación pudo ahogar la enorme pasión que latía en tu vida. Ni siquiera al advertir que el cerco se estrechaba y que subir a Jerusalén era como avanzar hacia la muerte cierta; nada pudo detenerte.

Déjame que contemple un momento tu osadía y la valentía de tu corazón apasionado. Aprendiste a ser dueño de ti mismo en decisiones arduas, allí donde el pulso tiembla ante el miedo al sufrimiento y al fracaso rotundo. Me enseñas a conquistar el miedo ante el dolor, a sobreponerse a la desesperanza ante la aparente inutilidad del esfuerzo, a no doblegarse ni siquiera ante la derrota. En una palabra, me enseñas que la vida hay que vivirla siempre con determinación incluso ante el fracaso cantado. Todo antes que abandonar la pasión del amor, porque una vida sin amor apasionado es miserable y un amor que no pasa la prueba del dolor es mezquino.

4. Tu vida hasta la llegada a Jerusalén es la historia compartida con muchos hombres y mujeres valientes, luchadores, que han caminado hacia la muerte con los ojos abiertos y el paso decidido. Pero déjame que contemple ante ti aquella noche en que todo se hizo oscuro y las tinieblas rodearon tu existencia. ¿Qué pasó por tu corazón, Jesús, cuando te agarró el pavor y la angustia en la noche de Getsemaní?

La "tristeza de muerte" no podía provenir únicamente de la muerte cercana ya entrevista y enfrentada. Eras sensible y sentiste temor ante el tormento físico, pero había en ti mucho más que lástima por ti mismo. Era más honda la causa de tu dolor. Te embargó la soledad de tal modo que buscaste la protección de tus

amigos íntimos incluso para estar con el Padre. ¿Protección ante quién?

Tu oración suena como un lamento y una exigencia: "¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti, aparta de mí esta copa" (Mc. 14, 36) ¿De qué sufrimiento te tenía que dispensar?

Por un momento parece quebrarse la unión con el Padre. Sentimos, Jesús, en el profundo sueño de nuestra parálisis y de la tristeza que nos produce la mirada a nuestro mundo, que Dios nos abandona. ¿Estará el mundo y nuestras vidas abandonadas al sin sentido y los poderes arbitrarios de este mundo? ¿Será nuestra fe una ilusión?

Hay un "pero" en tu oración que es nuestra ancla salvadora. La pasión de tu amor se sobrepone a la propia voluntad. En la entrega y en el abandono total de ti mismo te reencuentras con el Padre. "Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú". Es la aceptación de un Amor Incondicional que respeta las reglas de juego humano hasta el final, que no juega a las "milagrerías" ni nos saca de los apuros en el último momento. Nos enseñaste, Jesús, una tremenda lección que estamos lejos de haber aprendido: no hacer del Padre un ídolo a nuestro servicio. En Getsemaní, en ese silencio de Dios y de una petición no escuchada, nos desvelas la tremenda verdad del ser y vivir humanos: Dios está con nosotros en nuestra soledad e impotencia, pero sin cambiar nada. Hasta caer en la cuenta que Dios siempre lucha en nuestra lucha, que es nuestra fuerza más secreta y más profunda.

Todas la "noches oscuras del alma" de tantos hombres y mujeres, de tantos místicos y combatientes de la causa del hombre, tienen comprensión y acompañamiento. Jesús, tu apuraste el silencio de Dios en la cercanía de la muerte. En tu agonía estaba este silencio mayor que el sepulcral que aprendiste a soportar por medio de la entrega.

Aquí empezó lo que llamamos tu Pasión, *el sufrimiento por causa de Dios y de los hombres*, pero no es verdad, la pasión de tu vida te acompañó desde siempre.

5. Todavía hay otra oración tuya que nos estremece. En el último momento sobre el Calvario, cuando ya la noche de la muerte descendía sobre el lugar de la ejecución, se escuchó un grito con

fuerte voz: "Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?" (Mc. 15, 34). Y, luego, dando un fuerte grito, expiraste.

Tres horas estuviste colgado, clavado en la cruz, aguardando la muerte, preso de un silencio tetánico. ¿Qué pasaba por tu mente y tu corazón doloridos y abrasados por la fiebre? Bebiste hasta las heces el silencio del Padre-Madre que tan cercano habías sentido en tu vida.

Déjame decirte que no creo las explicaciones piadosas e incluso teológicas que tratan de endulzar el escándalo de este grito final. No estabas rezando el salmo 22, ni nadie te rescató del peligro de muerte. Era sencillamente el grito de un abandonado. Fue la experiencia bien cristiana que supo que fuiste puesto al margen de Dios, sin Dios, para gustar la muerte en bien de todos (Heb. 2, 9).

Tú fuiste despojado hasta quedar en la desnudez total de tu cuerpo y de tu espíritu, noche oscura total: abandonado por tus discípulos varones, traicionado por uno de ellos, negado por el principal, despojado en tu identidad de renovador religioso por los sacerdotes y las autoridades del pueblo, entregado a los romanos y sin identidad judía, torturado por Pilato y ejecutado como enemigo de Dios y del Imperio.

Me quedo contigo en tu desamparo y abandono, Jesús. Cargaste con este abandono, humillación y despojo; presencia silenciosa de Dios, que ni nos ahorra ningún esfuerzo ni nos saca airosos de nuestras dificultades, aunque su fuerza incansable dinamiza nuestro ser. Desde este momento ya no estoy solo. Ni el mundo está solo, aún cuando todo parezca caminar como si Dios no existiera. Precisamente ahí está su Presencia callada hasta la ausencia. En esta coherencia de Dios que respeta la libertad humana hasta el final veo la fuerza de su Vida en ti; en medio de las burlas de los que piden señales y de los que desean que bajes triunfante de la cruz, descubro la revelación de tu vida y de toda vida verdaderamente humana: hay que vivirla en apasionada entrega por el ser humano, ahí está Dios. Y aunque el fracaso fuera el resultado, tu nos desvelas que solo sería una apariencias de verdad, pues en el fondo del silencio está Dios con nosotros.

De nuevo miro el mundo: los despojos y la barbarie que produce la llamada Globalización, el Progreso, el Avance de la Historia; el mundo semeja una esponja empapada de sudor, lágrimas, ignorancia, hambre, desempleo, atropello y muerte. Es el

pecado del mundo. Son nuestros pecados, cobardías y omisiones. En tu congoja, Jesús, está el clamor de esos millones de seres humanos que han muerto y morirán gritando en el desamparo. Está nuestro grito, Jesús, por un mundo distinto. Y está tu Cruz.

Tú nos repites en tu despojo que hay que cambiar hasta los cimientos de este mundo. Hay que construir un mundo más humano. En esta tarea no se nos ahorra ni el sufrimiento ni el fracaso ni siquiera el desamparo, pero justamente ahí está Dios. En todos los colgados, torturados, masacrados y víctimas inocentes por hacer un mundo nuevo está Dios; en su grito grita Dios; en su desamparo está la presencia silenciosa y sostenedora de Dios. En tu abandono, Jesús, estaba Dios. Y en tu muerte ignominiosa se vislumbraba una luz de esperanza y fraternidad.

Ahora ya puedo, en fe, clamar como el centurión, "verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc. 15, 39).

6. Después de tu muerte en la cruz poco sabemos de tu cuerpo. Las interpretaciones piadosas de tus evangelios te ponen en un sepulcro nuevo que algunos seguidores tuyos, distinguidos, te habrían ofrecido (Mc. 15, 43s). La verdad histórica, a lo mejor es mas dura pero llena de coherencia con una vida que "se despojó (*kénosis*) de su rango tomando la condición de esclavo" (Flp, 2, 7). Algunos estudiosos aventuran que, tras ser desgarrado por los perros que merodeaban a los crucificados, fuiste echado a una fosa común. Participaste así del destino de los humillados, abandonados y "desaparecidos" de este mundo. Fuiste solidario con ellos hasta en la fosa. Tu despojo, Jesús, prosiguió hasta en el sepulcro. No tuviste ni el respeto de una sepultura digna.

Me quedo mudo ante esta solidaridad tuya. Y quiero leer tu gran revelación y enseñanza: no te manifiestas en la fuerza sino en la pobreza y debilidad más débil. Este es el escándalo de la Cruz. Nuestras ideas de Dios se estrellan y saltan echas añicos ante tu ajusticiamiento en Cruz. No eres la omnipotencia poderosa sino el océano amoroso que se identifica con lo humano hasta el despojo total. No eres el Poder ni el Sobre poder de lo Sagrado sino la manifestación de la ternura suma por todo el dolor de este mundo. No nos ayudas por medio de milagros sobrenaturales, sino sufriendo con nosotros. No caminas al lado de los carros y tanques de los vencedores, sino que te encuentras entre las cruces de los que bordean el camino de los poderosos. No lanzas condenas sobre los

culpables porque has muerto por nuestros pecados, los de todos (Rom. 4, 25).

En esta muerte tuya, al contemplarte aquí yacente, descubrimos que tú eres un Dios con nosotros. Cargas con nosotros y con nuestros pecados. En tu cruz están todas las cruces de este mundo, en tus sufrimientos, todos nuestros dolores. Nos muestras un Dios *inclusivo*, un Dios por y para nosotros (Rom. 8, 31).

Verdaderamente te podemos llamar, Jesús, Cristo de la Caridad.

7. Cristo yacente de la Caridad infinita, en tu cuerpo herido y muerto aprendemos el amor compasivo y acogedor hasta la entrega total. En los rastros de tu Pasión descubrimos el apasionamiento de tu vida y, más allá, atisbamos el misterio del sufrimiento del Dios apasionado por el ser humano. Esta tarde-noche nos acercamos a este Misterio con toda la reverencia de que somos capaces. En tu figura muerta deseamos venerar el Amor incansable que nos insta a vivir apasionadamente la vida. En esta imagen vemos el símbolo que sintetiza toda una vida cristiana y humana. En tu muerte se nos manifiesta una Vida.

Una *vida humana* hecha para vivirla en esperanza confiada a pesar de todas las contrariedades. Nos pides apostar por el ser humano en todas sus miserias y a pesar de sus miserias. Una apuesta fuerte y dura, pero que podremos llevar a cabo fijos los ojos en este amor entregado.

Una *vida orientada* por un amor solidario y fraterno que se empeñe por erradicar de este mundo los demonios de la injusticia, la desigualdad, la violencia, la guerra y todo lo que oprima y cause sufrimiento gratuito. Tarea que nos parece imposible y que, sin embargo, bajo tu palabra y el ejemplo de tu vida queremos acometer con menos timidez y mayor entusiasmo.

Una *vida de fe* que sea seguimiento tuyo y de tu causa: hecha más de tarea de liberación humana que de culto; más de respeto y trabajo por la dignidad humana perdida que de prácticas; más de amor confiado en el Dios que se entrega que de moralismos miedosos y paralizadores; más de amor agradecido que de obligaciones contraídas.

Una *vida de fe* lúcida y formada, que se esfuerza por ser presentable y respetable en la plaza pública actual, que hace justicia al Dios que respeta nuestra libertad hasta la muerte sin recurso al milagrerismo; que aborda los problemas de este mundo y de nuestra vida con adultez y entrega confiada.

Una *vida cristiana* cálida y jugosa, hecha de cercanía al Amor que se nos da en el Hijo y de una vida comunitaria testimonio de su acogida; vida que sabe que está siempre en el regazo del Padre-Madre y se siente impulsada en su fondo más íntimo por la energía divina del Espíritu.

Una vida, en definitiva para el amor y la libertad, personales y colectivas, de cada individuo y del mundo. Una existencia para vivirla con la pasión de los que sienten el dolor porque aman la vida y luchan por ella, contra la muerte, contra toda muerte.

El recuerdo de tu pasión nos levanta, Jesús, el ánimo y nos da esperanza de vida. Gracias por tu Pasión y por tu vida apasionada. Bendecimos tu cruz y te adoramos.